



Una de las razones por la que muchos cristianos se sienten incómodos con la idea de la evolución humana es que parece sugerir que el hecho de que estemos aquí es un mero accidente, y que no hay nada que nos detenga de evolucionar en algo más, más adelante. Hay muchas formas de abordar la pregunta de por qué evolucionó la especie humana, pero quisiera centrarme en el fin de la evolución. Específicamente, quiero preguntar: ¿Hay un punto de parada para la evolución? ¿Hay una meta para la evolución?

Al buscar un fin de la evolución, debemos preguntarnos primero si la evolución se ha detenido en algún punto en el pasado. Para especies que encontramos en la naturaleza, la respuesta es, en parte, sí. La evolución ha contribuido a la producción de poblaciones de organismos estables que están, en su mayor parte, adaptados a su ambiente. Por supuesto, esto asume que el ambiente es estable, y esto nos lleva a la parte del “no” de nuestra respuesta. Cualquier población de organismos estable que se encuentra en un nuevo ambiente, comenzará a adaptarse al nuevo entorno. Similarmente, al igual que muchos procesos naturales, a dónde se dirige la evolución de una especie particular, dependerá de dónde empezó y de lo que la rodea. Argumentar a favor de un punto final absoluto, intrínseco a la evolución, parece requerir que toda la evolución empuje la vida al mismo estado de reposo que, si la diversidad de la vida es alguna indicación, parece poco probable.

Si no hay un punto final absoluto en la evolución, todavía podemos preguntar acerca de los estados de reposo específicos que encontramos. En particular, ¿la especie humana, sigue evolucionando? Esta es una pregunta complicada. Está claro que la evolución está siempre trabajando en pequeñas escalas, adaptando a la especie humana para sobrevivir mejor en ambientes particulares. Muchos rasgos como el color de la piel, la intolerancia a la lactosa, y la capacidad de respirar en altitudes elevadas han sido relacionados con poblaciones particulares de asentamientos humanos en ubicaciones geográficas particulares con

sus presiones ambientales únicas. También hay evidencia de adaptaciones humanas que proporcionan resistencia a las enfermedades.

Sin embargo, no existe evidencia que sugiera que algún subgrupo de la población humana esté divergiendo de los otros individuos del planeta, de tal manera que se vaya a convertir en una nueva especie post-humana.

Algunos argumentan que la capacidad de la humanidad para adaptar el ambiente, por ejemplo, con la agricultura, y el hecho de que los humanos ya no están geográficamente aislados, han disminuido las fuerzas evolutivas que podrían haber llevado a algu-

La visión beatífica: el fin de la evolución

Br. Thomas Davenport, O.P.

na especie post-humana. Aunque podríamos concebir una situación en la que la evolución diversifica a la población humana, esto parece más del ámbito de la ciencia ficción.

¿Qué pasa con la segunda pregunta, la meta hacia la que tiende la evolución? Naturalmente hablando, dado que no hay un punto final absoluto en la evolución, no puede haber una meta absoluta para este proceso de adaptación. Sólo hay puntos finales relativos y metas relativas que implican la adaptación de esta población, en este ambiente, en este momento. Y uno de los puntos finales relativos de la evolución, un punto final que parece muy estable, es la evolución de nuestra especie, una especie que es capaz de controlar y alterar radicalmente el ambiente para su propia supervivencia.

Pero la respuesta científica a la pregunta del fin de la evolución no es la única respuesta disponible a la fe y a la razón. La evolución, como todos los procesos naturales, es un instrumento de Dios, causado y sostenido en todo su obrar, por Su divina providencia. Al igual que todos los demás instrumentos, el mecanismo de la evolución, se puede ordenar a un fin

distinto al que podría alcanzar.

La madera no está ordenada en sí misma para producir música, pero en las manos de un maestro artesano, se puede convertir en un hermoso violín. De hecho, desde la perspectiva del fabricante de violines, el verdadero “fin” de este abeto es la interpretación magistral de una sinfonía de Beethoven, sin embargo, este fin del el árbol, es algo que no podría haber sido descubierto por el método científico.

De la misma forma, desde la perspectiva teológica, podemos afirmar que la evolución biológica fue un proceso de 3.5 billones de años, dirigido por Dios, para desarrollar la materia viva hasta que fue apta para recibir un alma humana. Por su naturaleza, la evolución no está ordenada para la aparición de un animal materialmente capaz de ser informado por un alma inmaterial, pero es esto, de hecho, lo que ha logrado a través de la mano ordenadora y providencial de Dios.

Dado que Dios ha utilizado la evolución para la producción del cuerpo humano, podemos preguntarnos si esta meta particular del plan divino es absoluta, o si es un mero peldaño para algo más. Una vez más, nuestra respuesta debe de ser sí y no.

En la Encarnación, Jesucristo tomó para Sí nuestra naturaleza humana para salvarnos. De hecho, nuestra naturaleza ha sido redimida porque fue asumida. En una carta, San Gregorio Nacianceno (siglo IV, d.C.) explicó esta intuición católica de la siguiente manera: “Lo que no ha sido asumido no ha sido curado; en cambio, lo que ha sido unido a Dios ha sido salvado.”¹ Si algún subgrupo de la población humana evolucionara en una especie post-humana con una naturaleza diferente, no está claro cómo es que esos individuos podrían tener y compartir la salvación que hemos merecido por nuestro Salvador.

Por lo tanto, parece poco probable que Dios permitiría que la evolución produzca una criatura post-humana incapaz de obtener la beatitud por su separación natural de la humanidad de Cristo. Esto sugiere que en el plan divino, la aparición de la criatura humana es el gol de la evolución. Mientras que Santo Tomás no sabía nada de la evolución biológica, él especuló sobre el fin de otros procesos naturales, incluyendo el del movimiento, aparentemente eterno, de los cuerpos celestes. En esto, él está perfectamente dispuesto a declarar que, “sostenemos que el movimiento de los cielos es para la realización del número de los elegidos. ... Es un número determinado



de almas el fin del movimiento celestial: y cuando éste se alcance, el movimiento cesará.”²

Con Santo Tomás, podemos ver la evolución biológica ordenada no sólo a la población del hombre en este mundo, sino también a la población del hombre en la “resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro.” Esta vida nueva, comenzó al compartir la vida íntima del Dios trino, que es Padre, Hijo, y Espíritu –la visión beatífica- y será completada cuando nuestros cuerpos sean resucitados a un nuevo cielo y una nueva tierra, y esto no será alcanzado por la evolución o por ningún proceso natural, sino por la salvación ganada para nosotros por Jesucristo, quien es verdadero Dios y verdadero hombre. **T&E**

¹ St. Gregory of Nazianzen, *Epistle 101*.

² St. Thomas Aquinas, *De potentia*, Q.5 A.5.

ENCUENTRA ESTO (Y MÁS) EN LA WEB

<http://www.thomisticevolution.org/disputed-questions/evolutions-end-the-beatific-vision/>